

Al margen

"Quienquiera que aconsejare prescindir de Italia para inclinarse en otra dirección, os aconsejaría vuestra propia desgracia, y en desdoro y vergüenza vuestra". Son palabras que el gran canciller de sus reinos envía al veintiañero y siempre indeciso Carlos V, instándole a no cejar en la política italiana de su abuelo el Católico, la de los Reyes de Aragón, contra los deseos de la aristocracia borgoñona y aun de los grandes de Castilla. Es precisamente un italiano, un feudal piamontés, de las tierras viniegas del aromático y encendido "spanna", que fue consejero jurídico de Filiberto II de Saboya y siguió al servicio de su viuda, la archiduquesa Margarita de Austria, cuando ésta quedó de regente en Flandes y tutora de su sobrino carnal, el futuro emperador.

Aludo al gran humanista, y autor de unas jugosísimas memorias, Mercurio Arbo-ri di Gattinara. Un gibelino de otros tiempos entusiasta del dantesco "De Monarchia", enamorado de la utópica monarquía universal. Minerva política en los años mozos de Carlos, y más desde la muerte de Chièvres, Gattinara laboró sin tregua en la pacificación de Italia —la Pax Cesarea, aun a costa de guerrear con Francia— y supo apaciguar a Clemente VII Médicis, con la consiguiente coronación imperial. No en vano el Papa le haría cardenal (sin perjuicio de la prole habida, hoy con descendencia directa en algunos castillos del Vercellese).

Hasta el domingo próximo se presenta en nuestro Archivo de la Corona de Aragón, y a instancias del Instituto Italiano de Barcelona, una irrepetible exposición documental sobre el gran canciller y su tiempo, con conferencias y demás. Oportuno complemento, en el mencionado Instituto Italiano una interesante muestra del veterano pintor Arturo Gibellino (significativo nombre) ilustra debidamente sobre los poéticos e invariablemente paisajes feudales y en orden a las gentes de la tierra piamontesa de Gattinara.

M.

Lo verosímil como impostura

Especie de ritual en el que asistimos al asesinato de la ficción, "Impostura" es un libro lleno de maldad que ofrece al lector la posibilidad de imaginar al autor atrapado en la red de las resonancias destiladas por la propia lectura.

Enrique Vila Matas "Impostura" Editorial Anagrama Col. "Narrativas hispánicas", n.º 7 Barcelona, 1984

NO porque si suele llamarse "ficción" al género de cuento, la novela corta y la novela propiamente dicha. Es ficción todo lo que atraviesa el umbral de la verdad, sea o no sea verosímil este traspaso. De hecho, desde la gran impostura literaria que es el Quijote, puede decirse más todavía: no es ficción solamente lo que se parece a la verdad sin serlo, sino especialmente lo que la burla y la niega. El juego de la novela de Occidente desde aquel hito memorable, no se corresponde únicamente con el juego de la invención o de la fantasía, sino también con la práctica despiadada de la burla. Sería muy fácil, y acabaría siendo un ingenioso juego familiar de sobremesa, el fundar la ficción en el solo terreno de lo imaginado y del imaginario. Si se quiere un producto de la inteligencia particular —y no un mero hecho de cultura, ¡qué bárbara expresión!—, entonces la novela —la corta y la larga, la escrita y la recitada por dentro a lo largo de paseos aparentemente estériles— no puede limitarse a tanta ingenuidad y concordancia de modelos: debe hincar el diente en la carne de la más insobornable "diferencia" —que es también la carne del lector— en relación con el "identidad" que todo texto supone. Cuando los novelistas se convierten por fin en seres del todo desmemoriados, entonces conservarían todavía la memoria de la escena en el alcázar de Toledo. Una cosa o la otra: una de las dos memorias es imprescindible.

En otras palabras: la ficción moderna está obligada —ya por tradición, ¡qué paradoja!— a no buscar ningún tipo de conciliación, sino todo lo contrario. Peor todavía: tenderá a conciliarse con el lector por la vía de las "catharsis" a que mueve toda intriga bien llevada; pero en cuanto tenga asegurado a su cómplice, la novela inteligente soltará la gran risotada y dirá: "Te he engañado, querido lector. He engañado a medio mundo —el medio mundo real, siendo la otra mitad su propio mun-

do, el literario— me he engañado a mí misma y he engañado al mismísimo autor del libro que tienes en las manos".

He aquí un procedimiento que bien podríamos denominar la perseverancia del mal o del terror en el seno de la escritura. Algo que a nuestra tradición judeo-cristiana le cuesta mucho aceptar —pues que su fundación escritural está en la "verdad", a lo sumo en la "verosimilitud", pero nunca en la difamación de lo "real"— pero algo, también, que atraviesa de un lado a otro esa historia de religiones, seres y discursos, como para prevenirnos de toda excesiva beatitud.

He aquí el papel de la literatura de nuestra tradición, y especialmente de la siempre maldita —hoy más que nunca— tradición contemporánea: salvar la inteligencia como quien salva la distancia entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre el yo y los otros, entre el escritor y la escritura. Hoy día, por decirlo así, o es inteligente y mala la escritura, pura apología del más sutil de los terrores, o es mejor que deje el campo libre a moralistas eclesásticos y padres de familia.

Más allá de la ficción

Enrique Vila Matas siempre me ha parecido —visto a través de sus libros, que es lo único que se puede "saber" de un novelista— uno de los autores más malignos y peores enemigos de la moral pública de que jamás haya tenido noticia escrita. Desde "Mujer en el espejo contemplando el paisaje" (1973) —de la que yo tengo un ejemplar en blanco, una maqueta del libro con sólo las cubiertas impresas, una delicia de novela y todas las novelas posibles— hasta "La asesina ilustrada" (1977) y el libro de relatos "Nunca voy al cine" (1982), Enrique Vila-Matas se ha mantenido fiel a la poética que hemos comentado: sembrar la confusión entre las páginas del libro —una confusión perfectamente estructurada, de un impecable fraseo— como quien siembre el terror en toda la serie de infinitas identidades a que nos tiene acostumbrados el hábito de leer. En el panorama de la narrativa en castellano de los últimos años,



Enrique Vila Matas, fiel a la filosofía de la ficción

pocos autores han incidido tan de pleno en esta "filosofía de la ficción" que constituye, desde Joyce y para nosotros desde Borges, el núcleo a cuyo alrededor gravitan todas las ficciones posibles e imposibles.

Pero hay algo más: el último libro de Vila-Matas, sin pudor alguno bautizado "Impostura", trasciende los límites de esta teoría de la ficción que infecta —así hay que decirlo— los mares de la narrativa del siglo XX. Este libro, siguiendo en ello el "currículum" anunciado en toda la obra anterior, no se limita al impio desmontaje de la ficción misma, sino que, a favor de ella, desmantela materialmente —no es metáfora— los mecanismos de identidad y diferencia que presiden, casi siempre, la creación literaria.

La fotografía de un anónimo enfermo mental que no recuerda nada de su pasado —esa es la historia— llega hasta las páginas de "La Vanguardia" para que el sujeto pueda ser identificado. Al punto la señora Bruch reconoce la fotografía del desmemoriado al célebre Ramón Bruch, un escritor falangista que se adhirió a la División Azul, desaparecido en plena campaña de Rusia. Pero no tarda en entrar en escena otra mujer, aduciendo que aquel hombre de la fotografía es, de hecho, Claudio Nart, antiguo anarquista y extorsionador que pasó fugazmente por Barcelona.

A partir de este planteamiento, el desmemoriado anónimo urdirá su propio futuro de acuerdo con las posibilidades de figuración que le ofrecen los demás —es decir, la ficción. Pues la

ficción son los otros, como son el infierno en palabras de Sartre.

El tema, como el mismo autor apunta, no es nuevo. Pirandello, Sciascia y Susan Sontag lo han glosado, y antes que ellos los cambios de identidad o la búsqueda de la identidad constituyó la trama de obras muy famosas de Stevenson, Kafka, Hofmannsthal, Virginia Woolf, Rilke, Thomas Mann o Paul Valéry. Entre la serie de anti-héroes literarios que dibuja la tradición insinuada, deberíamos pensar en Félix Krull, el estafador de Thomas Mann, como uno de los más próximos precedentes de este curioso personaje urdido por Vila-Matas y llamado, expeditivamente, 2007: su número como interno en la institución psiquiátrica en que se encuentra.

Destrucción de la identidad

Pero dá lo mismo. El tema de la identidad imposible es, por decirlo así, una de las grandes secuencias de la literatura del romanticismo para acá. Lo interesante del libro que estamos comentando, no está tanto en la reiteración de un "motivo" literario usual, cuanto en la muy inteligente articulación de este motivo como el motivo mismo de la literatura y el lugar del escritor en el seno del curso literario. Y ahí retomamos el hilo de lo escrito más arriba: Vila-Matas no se ha contentado con practicar el mal en el terreno del desmontaje de la ficción, sino que ha llevado el terror del análisis hasta el corazón mismo de la personalidad. En pocos li-

bros, si exceptuamos "Orlando", de Virginia Woolf, y algún relato de Edgar Allan Poe, se halla una destrucción tan sistemática de la identidad, es decir, de la supuesta construcción de la personalidad a partir de la repetición de lo "mismo" y de lo propio. Las fantásticas personalidades que concurren en esta muestra ejemplar de engarce entre literatura y psicología, se forjan, —unas queriendo, otras sin querer— en la fragua del asombro, de la impostura, de la trampa y del vicio. El desmemoriado, impostor o no, deja para siempre a su lado su posible verdadera personalidad y abraza, por el camino de una exacta verosimilitud literaria "interior" a la psicología del personaje —ahí está la gracia del libro—, la personalidad que le sirve en bandeja la memoria de los demás. Este es el modo de funcionar, si uno lo piensa, del sentido común: constituye una especie de memoria colectiva, ajena a nosotros mismos, que invade nuestra personalidad hasta destruirla. Convertirse en un ser normal, en nuestras sociedades cultas, equivale a dejarse guiar, como un estúpido, por esa fantástica memoria de todos y de nadie que es el sentido común. Todo escritor está obligado a luchar contra esta inercia, y Enrique Vila-Matas ha creado, a nuestro juicio, el personaje metafórico —por la vía paradójica, claro está— de esta distancia irónica que debe prevalecer entre lo que uno quiere ser y lo que los demás quieren que uno sea.

Así, "Impostura" se convierte al fin en una especie de ritual —el autor es ya un sacerdote experimentado en este tipo de oficios—, en una misa ciertamente negra en la que no sólo asistimos al asesinato de la ficción, sino también al de aquella entidad supuesta rectora del juego literario, vaivén entre mentira y verdad: el narrador mismo. Terminada la celebración, no le queda al lector más remedio que iniciar y multiplicar la producción de lo ficticio: inventar una personalidad posible para el escritor mismo. Y, por supuesto, no fiarse ya nunca más de la personalidad propia, si la hubiera. Contra la teología que preside, por analogía, la construcción de los perfectos mundos novelados del siglo XIX, Vila-Matas parece proponer una sólida herejía cuya única liturgia pasaría por sus libros.

He aquí, en el caso de "Impostura", un libro lleno de maldad que, por lo menos, ofrece al lector la posibilidad de una sutil venganza contra el hechicero: imaginar al autor atrapado en la red de las resonancias que destila la lectura misma.

JORDI LLOVET

Letras sobre las letras

Otra biblioteca de formación catalana

La barcelonesa Libros de la Frontera, cuya colección El Bardo sigue constituyendo una de las más nutridas y prestigiosas series sobre la poesía española de hoy, por no citar otras de sus colecciones literarias o científicas, amplía ahora sus intereses emprendiendo —a par con La Llar del Libre— la biblioteca popular Coneguem Catalunya, que en sus cien títulos se propone presentar —por mano de acreditados especialistas— otros tantos aspectos de Cataluña y de su cultura en las más diversas manifestaciones, de la sociología y el derecho a la literatura y las artes. Han aparecido, para comenzar, "La geografía humana" de Carreras Verdagué, "Les festes populars" (Joan Prat y Jesús Contreras), "La música medieval" (M.ª Carme Gómez Muntané), "La cerámica catalana" (M.ª Antonia Casanovas), dos tomos sobre la pintura románica, respectivamente por Eduard Carbonell Esteller y Anna M.ª Blasco, mientras están en marcha otros títulos de Oriol Martorell y Manuel Valls,

Eulàlia Vintó, Miquel Tarradell o el colectivo Rosa Sensat. Son tomitos de algo más del centenar de páginas, ilustradas, y con la bibliografía correspondiente al rigor científico que las preside.

Cuando los árboles tapan el bosque

También al ruso ha llegado "2.010 Odisea del espacio", el último resonante éxito de ciencia-ficción, debido a Agghur C. Clarke. Dedicado al cosmonauta Aleksei Leonov y al físico Sajarov, la novela relata cómo astronautas norteamericanos y soviéticos operan de consumo para descubrir el significado de un misterioso monolito astral. Más la sorpresa no radica tanto en ese descubrimiento cuanto en comprobar que el autor ha dado a los astronautas soviéticos los nombres de bien conocidos disidentes rusos, todavía en cárceles o bajo otras formas de reclusión: Yuri Orlov, Viktor Brailovski, Ivan Kovalek, Anatoli Marchenko, Leonid Ternovski, Nikolai Rudenko, Gleb Yakunin. También pudiera sorprender que la cesura moscovita



Sajarov, eterna referencia a los disidentes soviéticos

no se haya apercibido, cuando el libro lleva vendidos más de un millón setecientos mil ejemplares. ¿O será la siempre propugnada distensión?

Y de apellido, Camino

Biografía voluntariamente dejada entre brumas fue la del

gran poeta León Felipe, de cuyo nacimiento se cumplieron cien años el pasado abril. Sin embargo, poco antes de morir dispensaba unos "Datos olvidados de mi biografía" en una revista mexicana. Allí ha ido a buscarlos ampliándolas en "Ya", R. Ayala. De ellos resulta que el zamorano de Tabara, donde su padre era notario, y recriado en Santander cursó con provecho la carrera de Farmacia, hasta el doctorado. Su padre se empeñó para instalarle la Farmacia del Centro, en la calle santanderina de San Francisco, a cuya rebotica acudían Enrique Menéndez Pelayo, el hermano de don Marcelino, y el poeta y marino Pepe del Río Sainz, entre otros. Las deudas agobiaban, la mala suerte en el juego también, y con la venta de la farmacia pudo instalar otra —del Lic. Felipe Camino de la Rosa— en un barrio más modesto. Pero el viento seguía de cara, la deuda crecía y, a los cuatro años, el futuro poeta se embarcó en la farándula corriendo escenarios de España y Portugal durante un par de años: hasta que, instalado en Madrid, por denuncia del usurero a quien debía tres mil pesetas hubo de pagar tres años de cárcel. A la salida de la cual, y tras otra frustrada experiencia

farmacéutica, esta vez en Valmaseda, vivió a fondo su vida errante y de bohemia, alternando con temporadas de regente de farmacias en la abulense Piedralaves, la toledana Villaluenca de la Sagra y en la alcarreña Almonacid de Zorita, donde a sus 36 años compuso el primer verso (y adoptó su definitivo "nom de plume": León Felipe, a secas, al descubrir que el día de su nacimiento es festividad de los santos Felipe y León).

De 1920 es su primer poemario —"Versos y oraciones del caminante"— y, por mediación de subsecretario de Gobernación, santanderino y amigo de familia, gracias a su título farmacéutico obtuvo el desempeño de un cargo hospitalario en Fernando Poo, donde duró tres años. Y nuevos desplazamientos, caminante siempre, transferrado en Méjico, los Estados Unidos, Méjico otra vez, Madrid, Méjico.

Es que no paran...

"Orgoglio e pregiudizio", tomando —con muy otra intención— el título a Jane Austin, es un librito de la Fundación Sandro Penna, de Turin, que reúne

diversos ensayos sobre el eros lésbico y homosexual en la literatura del Novecientos. Es el fruto de una serie de conversaciones y parlamentos en el ámbito de la manifestación Torino Enciclopedia, en la que intervinieron Goffredo Parise, Fernando Pivano, Gaia Servadio, Guido Davico Bonino, Angelo Morino y Elio Pecora. Naturalmente salen a relucir Melville y todo el círculo de Bloomsbury, el "Paradiso" de Lezama Lima; entre los italianos, Pasolini, el teatro de Testori, las novelas de Giovanni Comisso y, por supuesto, la poesía de Penna. Todo ello analizado bajo el prisma de la sexualidad "distinta" de sus respectivos autores. Claro está que la lista podría ser mucho más larga, sin salir de Italia. Pero tampoco se entiende en qué pueda ello afectar al valor meramente literario. ¿O habrá que empezar a hablar de la novela de los ingenieros o de los agentes de seguros, la poesía de militares y viajeros de comercio, el teatro de los funcionarios de Correos, el ensayismo de químicos o fabricantes? Por no decir de grandes autores que han sido dipsómanos, cleptómanos o drogadictos de vario porte, cuando no maleantes y aún asesinos.